

xilios; pero es menester hacerlo como se debe para que sea con fruto. Para eso has de tomar siempre el agua bendita con espíritu de fe y de compuncion; de fe, por ser esta la condicion indispensable que exige el Salvador en todos los que le piden algun favor especial; de compuncion, porque para conseguir purificarnos de las faltas ligeras por virtud del agua bendita, es menester detestarlas con dolor. No hay cosa mas saludable que estos piadosos ejercicios, y así haz siempre grande aprecio de ellos.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

SANTA ZOA, mártir, en Roma, mujer del bienaventurado Nicóstrato mártir; la cual en la persecucion de Diocleciano, estando en oracion junto á la sepultura del apóstol S. Pedro, hallada por los perseguidores, la metieron en un calabozo, y despues colgándola en un árbol por los cabellos y por el cuello, haciendo debajo de ella humo muy espeso, confesando el nombre de Jesucristo, murió ahogada. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN DOMICIO, mártir, en Siria; el cual con sus milagros hace muchos beneficios á los moradores de aquel país.

SANTA CIRILA, mártir, en Cirene en la Libia; la cual en la persecucion de Diocleciano tuvo en las manos por mucho tiempo ascuas encendidas con incienso sin quererlas soltar para que no pareciese que sacrificaba á los ídolos: despues fué cruelmente despedazada, y hermosseada con su propia sangre voló á buscar á su esposo Jesucristo.

SAN ATANASIO, diácono, en Jerusalem; el cual por defender el santo concilio de Calcedonia fué preso por los herejes y atormentado con todo género de tormentos, hasta que murió pasado con una lanza.

LOS SANTOS MÁRTIRES AGATON Y TRIFINA, en Sicilia.

LOS SANTOS MÁRTIRES MARINO, TEODOTO Y SEDOFA, en Tomis en la Escitia.

SAN NUMERIANO, obispo y confesor, en Tréveris.

SANTA FILOMENA, virgen, en Severino en la marca de Ancona. (El cuerpo de esta Santa se conserva y se venera en la dicha ciudad de San Severino, en la iglesia de S. Lorenzo, adonde fué trasladado por el mismo S. Severino obispo, en tiempo de Totila rey de los godos, segun lo justifica una inscripcion que se encontró juntamente con el cuerpo de la Santa debajo del altar mayor, el año 1527. Esta Sta. Filomena es distinta de la otra Santa del mismo nombre cuya festividad se celebra el dia 11 de agosto.)

EL BEATO MIGUEL DE LOS SANTOS.

EN los tiempos mas horrosos que ha padecido la Iglesia, se ha manifestado mas claramente la verdad de aquella promesa, en que aseguró Jesucristo que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno. De estos tiempos ha sido el siglo xvi: siglo en que se compitieron mutuamente los perversos heresiarcas, abortos del abismo, empeñados en rasgar la túnica inconsutil de la unidad de la Iglesia, y los obedientes y verdaderos hijos de esta santísima Madre, quienes unas veces con su doctrina y otras con sus virtudes, dieron testimonio de la verdad y santidad de la santa Iglesia católica apostólica romana.

Uno de estos santos varones fué el beato Miguel de los Santos, llamado por escelencia el *Estático*, varon de una contemplacion altísima, de una penitencia austera, de una ardiente caridad, y señalado con aquellos dones felices con que distingue Dios á sus grandes siervos. Nació este Santo en la ilustre ciudad de Vich, en el principado de Cataluña, dia veinte y nueve de setiembre del año de nuestra redencion de 1591. Fueron sus padres Miguel Enrique Argemir, y Monserrate Margarita Mitjana, de una limpieza y honradez conocida por lo perteneciente á su linaje, y de una gran piedad por lo respectivo á sus costumbres. Su padre ejercia el oficio de escribano; y sin embargo de los peligros á que están espuestas la integridad é inocencia de costumbres en la enredosa administracion de este oficio, le desempeñaba de tal manera, que jamás causó perjuicio á su conciencia, ni le sirvió de impedimento para frecuentar las iglesias, y en ellas las obras de piedad y de devocion. La madre era en todo igual á la probidad de su marido. Una simplicidad amable, una caridad bienhechora, una índole dulcísima, una honestidad angélica hacian el carácter de la venturosa madre de nuestro Santo. Con prendas tan agradables al cielo, obtuvo de él este venturoso matrimonio fruto de bendicion, premiando Dios sus santas obras con una larga descendencia, y principalmente con las heroicas virtudes del beato Miguel de los Santos. Este fué el séptimo de ocho hijos que tuvieron; y aunque todos ellos copiaron en sí los virtuosos ejemplos que advertian en sus padres, se puede decir con verdad, que en esta preciosa cualidad fué Miguel el primero. Desde su infancia le previno Dios con bendiciones tan copiosas, que aun en las acciones mas mínimas se manifestaba bien que le habia elegido especialmente para sí. Complaciase el santo niño en todos los ejercicios de devocion: hacian una impresion admi-



B. MIGUEL
DE LOS SANTOS.

rable en su tierno pecho los sagrados misterios; pero entre todos ellos llevaba la preferencia la pasión sacrosanta de Jesucristo. Contemplábalas con tanta ternura, que bañaba de lágrimas sus ojos, y su corazón rebosaba incendios de caridad.

Esta contemplación fervorosa causó en él tan admirables efectos, que en aquella tierna edad abrió en su pecho un proyecto que se podría calificar de heroico aun en los hombres maduros y ejercitados en la virtud. Apetecía con ansia asemejarse á su Señor en los trabajos que había padecido, y quisiera, si fuera posible, dar su vida en una cruz por aquel que tan generosamente la había dado por la redención del mundo. Para satisfacer en parte esta ardiente caridad, determinó dejar la casa de sus padres, y vivir en una soledad en lágrimas y penitencia á imitación del Bautista. Comunicó su proyecto á otros dos niños, con tales razones, que les persuadió fácilmente á que no era difícil la ejecución. La gracia de Dios es en todo admirable, y no manifiesta menos su poder en la conversión de los grandes pecadores, que en los pasos agigantados con que adelanta la virtud en la más pura inocencia. Salieron pues los tres niños de la ciudad, guiados del Espíritu Santo, á buscar en un desierto un asilo contra los lazos del mundo, y contra las contaminaciones de la carne y del demonio. Las santas exhortaciones que Miguel hacía á sus dos compañeros, aunque capaces de sostener su extraña resolución, no fueron suficientes para impedir que acobardase á uno de ellos, por una parte el justo sentimiento que tendrían sus padres por su ausencia, y por otra el castigo que en hallándole le amenazaba. Volvióse este á la ciudad, y Miguel con el otro niño siguió hasta un monte áspero y fragoso, que dista dos leguas de ella, llamado Monsén. Luego que llegaron al monte dieron gracias á Dios los dos inocentes anacoretas, y comenzaron á buscar en él una mansión acomodada á sus designios. Presentóseles á la vista una cueva, que despreciaron por estar infestada de sabañidias, y principalmente porque no hallaron en ella la señal de la cruz para su consuelo. Internáronse en el monte, y entre su espesura hallaron dos grutas, que antiguamente habían servido á los santos ermitaños que en aquel sitio habían hecho vida solitaria; y conceptuaron que por su intermediación y todas sus circunstancias eran proporcionadas para la ejecución de sus deseos. Cada uno eligió la suya para sí, y en ellas comenzaron á practicar los ejercicios fervorosos que les dictaba su corazón. Contentísimo se hallaba Miguel viendo cuán bien le había salido su proyecto, y hubiera permanecido gustoso allí toda su vida, á no impedirselo las esquisitas diligencias que hicieron sus padres para

buscarle y volverle á su casa. En efecto, luego que el padre de Miguel advirtió la falta de su hijo, conociendo que en él perdía un tesoro, tomó voces, y corrió por todas partes en busca del niño Miguel. El que se había retirado le dió los indicios necesarios para que pudiese hallarle en el monte. ¡Pero cuál fué su sorpresa, cuando internándose en la espesura le vió dentro de una gruta puesto de rodillas delante de una cruz, encendido el rostro, y bañados los ojos en lágrimas! quedó suspenso el padre á vista de tan tierno espectáculo; pero vuelto en sí, preguntó á Miguel ¿por qué lloraba? Lloro por la pasión de mi Señor Jesucristo, respondió el santo niño: respuesta que dejó al padre atónito y edificado. ¿Y quién os ha de sustentar en este desierto? replicó el padre. A esta pregunta satisfizo Miguel con una respuesta, que manifiesta claramente las hondas raíces que habían echado en su alma las máximas del Evangelio, y el altísimo concepto que había formado de la bondad de Dios y de su divina Providencia. Así como Dios, respondió Miguel, sustenta á otros santos, de la misma manera me sustentará á mí también. Conoció su padre el espíritu fervoroso que abrigaba su tierno pecho; y como la piedad dirigía sus operaciones, admiró el proyecto de su hijo, y dió gracias á Dios por los tempranos frutos que en él lograba su divina gracia. Pero sin embargo, no juzgando prudente aviso el dejarle en aquel desierto, espuesto á ser presa de las fieras, ó á que las inclemencias acabasen su vida, le mandó que se volviese con él á casa. Obedeció el niño, dejando en la soledad su corazón, pero con el firme propósito de formar dentro de su alma un retirado desierto adonde no pudiesen llegar las contaminaciones del mundo.

Esta acción, aunque no llegó á tener todo el efecto que Miguel se había propuesto, fué tan del agrado de Dios, que en premio de ella derramó en su alma tan abundante copia de gracias, que se adelantaron, é ilustraron milagrosamente sus potencias y sentidos. Su entendimiento desechó las tinieblas de la ignorancia, propia de aquella edad, y conoció perfectamente cuán amable es Dios, y cuán dignos son de desprecio los bienes de la tierra. Su voluntad se inflamó de manera en el amor divino, que penetrado de él, nada quería sino á Dios, por nada suspiraba sino por Dios, y este carácter, que se grabó en su alma en la tierna edad de siete años, fué el sello con que estuvieron marcadas todas las acciones de su vida. Así lo testimonia el decreto apostólico en que fueron aprobados sus milagros. El amor no puede estar ocioso, y se halla en un estado violento mientras no se emplea en obsequio de su amado. Por esta causa Miguel procuraba dar

desahogo á su caridad , haciendo por Dios obras penales con que afligia su inocente cuerpo. Mortificábale con cilicios y otras invenciones que le dictaba su fervor ; pero en lo que mas sobresalía era en unos ayunos y abstinencia tan continuados , que llegó á rezelar su padre algun grave perjuicio en su salud , por cuya causa procuraba impedir tanta austeridad. Pero la virtud , que es ingeniosa , le sugirió á Miguel un medio de satisfacer los fervores de su espíritu , sin contravenir á los mandamientos de su padre , á quien amaba , veneraba y obedecía con esmero. Convínose con la criada en que le diese privadamente su almuerzo y su merienda , para poder decir con verdad á su padre habia dado á Miguel este sustento. Pero apenas le recibía el santo niño , cuando al momento le trasladaba á las manos de algun pobre necesitado , haciendo ingeniosamente sacrificio á la caridad con los ahorros de la abstinencia , y ejercitando á un mismo tiempo estas dos virtudes. Los recreos y juegos que suelen tener los niños , ó los miraba con aversion , ó procuraba sacar de ellos algun fruto para la santificacion de su alma. Así sucedió , que habiéndole enviado su padre con la criada en compañía de otros niños á recrearse en una viña , mientras sus compañeros se empleaban en comer uvas , Miguel se apartó de ellos , y puso en ejecución uno de aquellos grandes pensamientos que no le ocurrió al penitente S. Francisco , y á algun otro santo , sino despues de haber hecho grandes progresos en la vida espiritual. Fuése á un lugar apartado en donde habia muchas zarzas y cambromeras , y desnudándose de sus vestidos , fija su consideracion en la pasion de Jesucristo , se arrojó desnudo entre las espinas , ofreciendo aquel tormento al que tantos habia padecido por su amor. Pero Dios , agradecido al sublime sacrificio que le ofrecia aquel cordero inocente , que en toda su vida no perdió la gracia bautismal , hizo , que así como las llamas no tuvieron fuerza para quemar á los niños de Babilonia , tampoco la tuviesen las espinas para lacerar el virginal cuerpo de Miguel , ni sacar su inocente sangre. Echóle de menos la criada , buscóle , y hallándole entre las cambromeras , y preguntándole admirada por qué hacia aquello , respondió el Santo lleno de sencillez y de alegría : lo he hecho por amor de nuestro Señor , y por imitar al padre S. Francisco.

El ejercicio de las virtudes no le privaba de un exacto cumplimiento de la obligacion de estudiar que le impuso su padre ; antes bien se ayudaban mutuamente , y al tiempo que asistia á la escuela , encontraba ocasiones de practicar la caridad de un modo muy provechoso para sus prójimos. Habia hecho de un

apuesto retirado de su casa un oratorio , en donde se empleaba en la oracion y en la penitencia todo el tiempo que le sobraba despues del estudio de sus lecciones. A este lugar conducia á aquellos estudiantes que él veia que eran traviosos y distraidos. Allí les hacia fervorosas pláticas , exhortándolos al amor de la virtud , al aborrecimiento del pecado , y á un amor tierno de la Madre de Dios , de quien el Santo era sumamente devoto. Hacials despues estar un rato en oracion , y finalizaba aquel ejercicio con la mortificacion de una disciplina , para cuyo efecto tenia dispuestos varios cordeles con sus nudos. Estas obras producian un efecto tan maravilloso , que todos sus condiscípulos se veian precisados á ser honestos en su presencia , á frecuentar por su consejo los santos sacramentos , y á ser exactamente obedientes á las insinuaciones de sus padres. Fruto tan visible produjo la voz comun en el pueblo , de que Miguel era una flor de santidad , cuya sola vista componia los ánimos , y escitaba á la perfeccion de costumbres. A proporcion que iba creciendo en edad , iba tambien medrando en la virtud , y para asegurarse en la práctica de esta por toda su vida , determinó hacerse religioso. La ternura de su edad , que no pasaba de ocho años , frustraron las diligencias con que procuró conseguirlo. Esta repulsa renovó en él el antiguo pensamiento de hacer vida eremítica. Ejercitose para ello dentro de su misma casa , comiendo solamente yerbas silvestres ; y cuando se hubo certificado por algunos dias , que bastaba aquel alimento para sustentar la vida , comunicó su resolucion á unos compañeros suyos , quienes la aprobaron unánimemente. Llegó el dia de ponerse en camino para el desierto , y Miguel , que era ingenioso en cuanto pertenecia á la vida espiritual , les exhortó á hacer voto de perpetua virginidad , lo que ejecutaron en la iglesia de Sta. Clara , recibiendo Dios aquel temprano sacrificio , y echando sobre él su bendicion. En el camino encontraron despues tres venerables varones , que habiendo sabido de ellos su intento , les disuadieron de él , haciéndolos volver á su casa , y enseñando al niño Miguel , que si queria hacer penitencia , podria lograrlo fácilmente durmiendo en unos sarmientos en lugar de cama , y poniendo una piedra por cabecera. Aceptó Miguel el consejo , y volviéndose á sus compañeros , les dijo : volvámonos á casa , que no es voluntad de Dios que vivamos en el desierto.

A la vuelta encontró á su padre sumamente airado , cuyo enojo se desahogó con el castigo de Miguel , quien sufrió esta mortificacion con suma resignacion y paciencia. Entre tanto se ejercitaba en su casa en todos aquellos ejercicios de oracion y de

penitencia, que pudiera practicar en el desierto. Pero á los once años sufrió el bendito niño el golpe terrible de verse privado de su padre, á quien llamó Dios para sí á darle el premio de sus virtudes. Sufrió este golpe con resignacion cristiana; abrazando en él los muchos trabajos á que le dejaba espuesto su orfandad. Como habia hecho voto de virginidad perpetua, deseaba los medios de cumplir á Dios esta promesa. El mas eficaz le pareció que era el entrarse en religion; pero aunque lo solicitó varias veces, se frustraron sus deseos, ya por la ternura de su edad, y ya por las preocupaciones de su tutor. Este, queriendo destinar á Miguel á un ejercicio que reuniese las cualidades de honesto y lucroso, le colocó en casa de un mercader. Pero su espíritu era poco apto para el tráfico y bullicio que debe intervenir en las compras y ventas, y podia sufrir mucho menos los multiplicados peligros que se ofrecian á su conciencia. Ansioso, pues, de lograr la tranquilidad de esta, y pareciéndole que la hallaria en Barcelona por la multiplicidad que allí habia de monasterios, se fué á aquella ciudad. Solicitó en varias partes que le diesen el hábito; pero sin fruto. Su tutor le siguió los pasos, y deseoso de darle algun establecimiento con que cortar aquella devocion, que á él le parecia imprudencia pueril, le puso al oficio de pasamanero. Todas las diligencias humanas son inútiles para deshacer los designios de la Providencia. Esta habia elegido en sus eternos consejos al bienaventurado Miguel para hacerle espejo de perfeccion en el estado religioso, y así venció todos los artificios humanos que se oponian á sus acertadas miras. El fervoroso niño, que elegido de Dios desde sus primeros años, suspiraba incesantemente por verse colocado en los atrios de su casa, se reforzaba en sus santos intentos á proporcion que crecian los obstáculos. Las mismas dificultades no le servian de otra cosa que de poderoso incentivo para confirmarse en su resolucion, y buscar nuevas maneras de verificarla. Significó sus deseos al ministro del convento de Trinitarios calzados de la ciudad de Barcelona. Este piadoso varon, juntamente con los demás padres, examinaron con madurez la vocacion de Miguel, y admirados de ver en tan pocos años frutos tan adelantados de perfeccion, conceptuaron que en aquel niño les ofrecia Dios un tesoro de virtudes con que enriquecer su religion, y así le dieron el hábito sin reparar en la ternura de su edad.

No les salió errado su juicio; pues apenas se vió Miguel contado entre los individuos de aquella celestial milicia, cuando rebozando de gozo comenzó á manifestar su gratitud al cielo con fervor tan encendido, que arrebatava la admiracion de todos. Los

mas provecos y versados en la perfeccion religiosa tenian que aprender de Miguel una profunda humildad, una devocion ardentísima, una ciega obediencia, y un conjunto de virtudes que les obligaba á mirarle como maestro de la vida monástica. Los demás novicios le miraban como un ejemplar perfecto de todas las virtudes, con que se confirmaban en su propósito, y concebian nuevos deseos de adelantar mas y mas sus pasos para perfeccionarlos. El que tan mortificado habia vivido desde su infancia en la casa de sus padres, es natural que procurase adelantar algo las asperezas viéndose religioso. Así se verificó; pues no contento con los multiplicados ejercicios de penalidad que prescribe la religion, añadía otros varios para saciar aquella hambre que tenia de padecer por Jesucristo. Multiplicaba los ayunos, pareciéndole pocos los que prescribe el instituto; hacíalos con solo pan y agua, y alcanzó licencia de los superiores para poder repartir entre los pobres la comida de que se privaba con su prodigiosa abstinencia. Traia continuamente sobre el pecho una cruz con puntas de hierro, que le servia de cilicio. Y habiéndole encontrado un dia un religioso amigo suyo en un lugar retirado haciendo otra cruz con puntas mas penetrantes, le significó que un instrumento tan riguroso podria ser perjudicial á su salud. Oyólo el Santo con mucha serenidad, y descubriendo el pecho en que el religioso advirtió una cruz clavada, le dijo con admirable sencillez: Mirad, padre, qué poco mal me hace esta cruz con haber años que la llevo, y por haberseme quebrado estoy haciendo de nuevo esta otra. El asombro y la edificacion fueron los efectos que produjo en aquel religioso un caso semejante. Así caminaba Miguel á la cumbre de la santidad en el tiempo de novicio; y así se inflamaban los ánimos de los religiosos en su amor, deseando ya asegurar con la profesion un jóven, de quien vaticinaban con tan felices principios que habia de ser un prodigio de santidad. Acercándose ya la edad necesaria para hacer los tres votos que constituyen esencialmente el estado religioso, le trasladaron sus superiores al convento de S. Lambert de Zaragoza, en donde profesó á 30 de setiembre de 1607. Luego que Miguel se vió perfectamente consagrado á Dios por medio de la profesion, le dió infinitas gracias por haber admitido con tanta misericordia el sacrificio que le habia hecho de su persona y de todas sus esperanzas. Los religiosos por su parte no le dieron menos, viéndose ya en posesion de un jóven tan fervoroso, que les aseguraba frutos muy opimos para cuando llegase á la edad proveccta.

Pero Dios, que tiene cuidado de su Iglesia como de un ameno jardin, y de tiempo en tiempo renueva las plantas para que

produzcan con mayor lozania, habia ordenado por entonces la reforma del orden Trinitario. En esta reforma habian entrado sugetos de agigantada virtud y espiritu muy austero, que habian establecido constituciones rigurosas para hacer florecer la mas estrecha observancia. Como la fragilidad humana se inclina fácilmente á la relajacion, y mira con terror la estrechez y escabrosidad del camino que conduce á la vida, procura el Padre de las misericordias allanar estas dificultades, presentando á los ojos varones esforzados que pisan las espinas con tanta delicia como si fueran rosas. Con este intento á todas las reformas ha dado en sus principios sugetos muy santos, que han sido como sólidos fundamentos de aquella fábrica espiritual. Para el mismo fin estaba destinado nuestro Miguel en los consejos de la Providencia; y así, aunque él estaba contentisimo entre los Trinitarios calzados, y éstos se complacian con la posesion de su persona, una casualidad á los ojos de los hombres, pero en la realidad una sabia medida de la divina Sabiduria, trasladó á Miguel á los Descalzos. Vino un religioso de estos á Zaragoza á recibir órdenes sagrados desde Pamplona, y hospedóse en el mismo convento en que estaba Fr. Miguel. La pobreza del hábito, el semblante de penitencia y la modestia de su trato hizo una notable impresion en su alma. Con la comunicacion de aquel religioso, con la experiencia de sus virtudes, y con la noticia del riguroso tenor que se observaba en la descalcez, se encendieron en Miguel unos vivos deseos de pasarse á ella. Sus diligencias fueron tan eficaces y prontas, que á 28 de enero de 1608 ya habia obtenido el hábito de descalzo, llamándose de allí adelante Fr. Miguel de los Santos, como quien deseaba la proteccion de todos para el cumplimiento de las obligaciones religiosas, y al mismo tiempo tenerlos por dechado para imitarlos en las virtudes. Gozoso quedó Fr. Miguel viendo que Dios le habia concedido los deseos que mucho ha abrigaba en su pecho de profesar vida mas austera, y procuraba manifestar su agradecimiento continuando con mas fervor las virtudes en que antes se habia ejercitado. Pero viendo sus superiores que el convento de Pamplona no era á propósito por su estrechez y pobreza para la crianza de novicios, le enviaron á Madrid, en donde habiendo pasado el año de probacion con edificacion admirable de todos los religiosos, profesó el rigor de la nueva reforma para honrarla y enriquecerla con su heroica santidad.

Luego que Fr. Miguel vió cumplidos sus deseos, siendo alumno de la nueva reforma, comenzó con mayor espiritu todos los ejercicios de virtud en que hasta entonces se habia ocupado. Co-

mo su talento era proporcionado para la carrera de las letras, determinaron los prelados que le cultivase estudiando artes y teología, para sacar de él mayores provechos. No obstante que la humildad de este siervo de Dios llegaba á tal punto, que rehusaba todos los medios que pudiesen algun dia conducir para obtener empleos de superioridad y mando, sacrificó á la obediencia los fervores de su espiritu, y estudió las artes y teología con un aprovechamiento correspondiente á su continua aplicacion y á la claridad de sus luces. Principalmente se engolfaba en el conocimiento de los sagrados misterios y verdades de la religion, como quien conocia que con esta ciencia se hacia mas apto para aprovechar á sus prójimos, encaminándolos por los senderos de salud. Persuadido á que el principio de la sabiduria es el santo temor de Dios, buscaba en la oracion la fuente inagotable en donde se beben aquellos conocimientos sublimes, que no contaminan la falsedad, ni el error destruye. De esta manera, adelantando cada dia mas en la virtud y en la ciencia, llegó á términos de estar en la disposicion debida de recibir el sacerdocio. ¡Quién podrá decir la resistencia que el siervo de Dios manifestó á un estado tan escelso, y al mismo tiempo tan peligroso! Veneraba las insinuaciones de sus prelados que se lo persuadian. Conocia que haciéndose sacerdote tenia mayor proporcion para aprovechar á sus prójimos; pero al mismo tiempo temia, como era justo, echar sobre sus hombros una carga tan terrible. La caridad y la obediencia vencieron todas las dificultades que oponia la humildad; y así recibió el orden sagrado del sacerdocio, juntándose á un mismo tiempo en su alma un temor respetuoso al mayor de los misterios, y un gozo inefable en considerar que por la virtud de sus palabras habia de tener en sus manos á Jesucristo sacramentado.

Desde muy niño habia manifestado una devocion ardentisima al Santísimo Sacramento: devocion que hizo el carácter de este Santo en toda su preciosa vida, y que con el discurso de ella se fué aumentando de manera, que llegó á ser un milagro. Preparábase cuando corista para recibir la sagrada comunion con duplicados ayunos y penitencias, y despues que la recibia eran tan extraordinarios los afectos de su alma, que unas veces se quedaba estático por muchas horas, y otras permanecia de rodillas en un rincon todo un dia, sin acordarse ni aun de tomar el preciso sustento. Crecieron prodigiosamente estos efectos admirables despues de hecho sacerdote. Apenas consagraba la sagrada hostia, cuando inmediatamente se advertia trasfigurarse este siervo de Dios en un serafin abrasado. Encendíasele el rostro,

y se le bañaba de una extraordinaria alegría; todos sus miembros quedaban embargados; suspendíanse las operaciones de sus sentidos, y quedaba últimamente trasportado en un dulcísimo deliquio, con que su amor se desahogaba. Algunas veces se le vió bañado el rostro de un resplandor celestial que esclarecía también las sagradas vestiduras, y no se disipaba hasta tanto que consumía la sagrada hostia. En estas obras maravillosas de la bondad divina recibía el siervo de Dios favores y regalos de tan superior orden, que le obligaban á tardar en la celebracion del sacrificio mas de dos horas. Pero Dios, que pagaba el tierno amor del bienaventurado Miguel con estas efusiones de su bondad, hacia al mismo tiempo que los que asistian á su misa, lejos de experimentar tedio por su tardanza, se enfervorizasen mas, y probasen un gusto espiritual y delicioso. Por este motivo aun las personas de mas alta jerarquia solicitaban oír su misa, como lo hizo entre ellas D.^a Ana de Mendoza, duquesa del Infantado. Como el Santo conocia cuanto peligro padece la verdadera virtud en ser vista de los hombres, y que el aire de la vanidad seca la hermosura y lozanía de las virtudes, determinó esconderse á los ojos del mundo, puesto que no le era posible resistir á los encendidos afectos de su alma, ni á los soberanos regalos que le hacia el Padre de misericordias. Procuraba decir misa antes de que se abriesen las puertas de la iglesia, ó en el altar que estuviese mas escondido. A esto le estimulaba su profundísima humildad, no queriendo ser tenido sino en el concepto de un gran pecador el que conservaba ilesa la gracia del bautismo.

Es fácil de conocer que todos estos efectos no podian nacer sino de una ardentísima caridad para con Dios y sus prójimos, que es el fundamento y alma de todas las virtudes. De consiguiente era natural que este siervo de Dios no se contentase con su propia santificación, sino que procurase con igual esmero la de sus prójimos. Uno de los medios mas eficaces y oportunos para conseguirlo era el de la predicacion. Ejercitábase en ella con conocido provecho de las almas, que por obstinadas que estuviesen en el vicio, podia tanto en ellas la viva exhortacion del bendito padre, y sus penetrantes palabras, que causaba frecuentemente aquellas conversiones, que en las sagradas letras son llamadas mutaciones de la diestra del Señor. A esto cooperaban en gran parte los admirables raptos ó éstasis, que así como en la misa, experimentaba también en los sermones. Los mismos favores que le hacia Dios en premio de sus virtudes, y con que ilustraba su alma, servian al mismo tiempo de instrumentos poderosos para labrar la salud de sus hermanos. Esto se verificó, entre otros

muchos, en un clérigo jóven de Baeza; luego que llegó el Santo á esta ciudad, se divulgó la fama de sus virtudes, y con singularidad se hablaba de los maravillosos arrobamientos con que Dios le favorecía en la celebracion de la misa y en los sermones. El clérigo, que no tenia toda la circunspeccion y piedad que requería su estado, se burlaba en las conversaciones de los éstasis del siervo de Dios. Un dia que éste predicaba en la solemnidad del Santísimo Sacramento, fué á oírle con ánimo de acrecentar en su corazon el desprecio y burla que habia hecho. Comenzó su sermón con el fervor acostumbrado, y al paso que se iba internando en el asunto que era sobre las disposiciones necesarias para recibir la sagrada Eucaristia, se iban llenando sus palabras de un fuego penetrante, que comenzó á herir en lo mas profundo del alma del clérigo, y á disponer al Santo á un éstasis maravilloso. Llegó este, quedándose arrobado, levantados los brazos, y fijos los ojos en el cielo; pero al tiempo de arrobarse prorumpió en un ay tan penetrante, que convirtió enteramente el alma de aquel mal aconsejado sacerdote. Su corazon se conmovió de manera, que deshecho en lágrimas, se arrepintió de su pasada vida, viviendo de allí adelante como convenia á un virtuoso sacerdote. El mismo testificaba despues que por mucho tiempo le parecia estar viendo al beato Miguel arrobado, y que le decian en su interior: ¡Ay de tí si no te enmiendas! ¡ay de tí si no mudas de costumbres! Tan prodigiosos efectos como este causaban los sermones del bendito padre en las almas distraidas.

Un conjunto de prendas tan completo no podia estar sin que los superiores le tributasen el respeto debido, y procurasen colocarle como una luz en el candelero de la prelación, para que sus luces se difundiesen, y fuesen provechosas á todos. En efecto, fué elegido dos veces ministro del convento de Valladolid; y aunque su humildad opuso todas las excusas posibles, representando su ineptitud para un ministerio á su parecer incompatible con el sosiego de su corazon, todas sus diligencias no lograron otro efecto que empeñar mas á los superiores en hacerle aceptar la prelación. Esto lo consiguieron fácilmente mandándosele por obediencia, porque sabian que el Santo la profesaba con tal rendimiento, que sacrificaba á ella sus conveniencias y sus luces. Hecho prelado, resplandeció en todas las virtudes propias de un padre que ama tiernamente á sus hijos, y de un vigilante pastor que cuida solícitamente del bien de sus ovejas. Asistia al coro y á todos los oficios divinos como si á esto solo se redujesen todos los cuidados, y al mismo tiempo negociaba en todas las ocurren-